

XXVII

SEÑORES:

¿Qué republicano, decidme, qué liberal, nacido en no importa que pueblo del mundo civilizado, se atrevería á rehusar el homenaje de su palabra humilde ó elocuente á una de las glorias más puras y más legítimas de la democracia moderna, á uno de los hombres más grandes de nuestro siglo, á un héroe de la humanidad como le llama el gran Víctor Hugo; al general Garibaldi, á ese varon inmortal de quien se enorgullece no solamente Italia, no solamente Europa, sino el mundo entero?

Pronunciado en la velada fúnebre que en honor de Garibaldi se verificó en el Teatro Nacional, la noche del 24 de Julio de 1882.

No se encontraría seguramente. Cumplir con este deber es algo tan grato y tan sagrado como es para los creyentes tributar adoración á los númenes de la religión que profesan. Ahora bien: los combatientes, los confesores y los mártires de la Libertad son los númenes de los que profesan la misma fé política. La numerosa familia republicana, esparcida por todas partes aunque dividida por los límites de nacionalidad, de lengua y de espacio, no forma más que una sola y grande iglesia para fortalecerse en sus esperanzas, para animarse en sus trabajos, para consolarse en sus penas, y para celebrar sus glorias.

Ayer todavía, México, mi amada Patria, cuyo corazón ha latido tantas veces de ansiedad ó de regocijo al oír sonar el nombre querido de Garibaldi, contemplaba con ternura, al través del Océano al guerrero sublime reposando en su isla de Caprera, más bien que doblegado por los años, fatigado por sus trabajos que habrían rendido á los semi-dioses de la Fábula y á los gigantes de la Historia.

Y de súbito, ¡oh instante que siempre se esperaba con temor! ¡el cable nos trajo el anuncio de su muerte! Parece que nos comu-

nicó también el sentimiento de dolor inmenso que há conmovido á todos los pueblos del viejo mundo, porque los republicanos de México no han sido los últimos en considerar esa desgracia, como una desgracia universal y en sentirla cada uno en el fondo de su corazón.

Entonces, los hijos de la noble Italia residentes entre nosotros, resolvieron consagrar esta noche á honrar la memoria del libertador de su Patria y me distinguieron invitándome á ocupar esta tribuna, para contribuir á lo que debe ser más bien que una manifestación de duelo por el tránsito del hombre, la fiesta de apoteosis del héroe inmortal.

No hay un mexicano liberal, vuelvo á decirlo, que hubiese dejado de aceptar este encargo. Y hay mil compatriotas míos que lo habrían llenado más dignamente que yo, pero aun considerándolo así con sinceridad, me apresuré á aceptar tamaña honra, en lo cual obedecí también á mis propios sentimientos, habiendo profesado toda mi vida el más grande afecto, con la más profunda admiración al insignificante caudillo cuya existencia toda no fué más que un prolongado sacrificio á la Libertad en Europa y América.

No me oculto, señores, no puedo ocultarme, que hablaros en esta noche de tan grande asunto es una tarea superior á mis fuerzas, lo sería para talentos mayores que el pobrísimo mio, pero cumplo con un deber y lo cumplo con empeño. Supla, pues, la generosidad de tan ilustrado auditorio, la humildad de mi palabra, y aplique en mi favor la sentencia del poeta latino: « *En las grandes cosas es ya bastante haber tenido voluntad.* »

No haré biografía del general Garibaldi; no me alcanzaria el tiempo y por otra parte, estaria por demás.

No se trata de un hombre cuyos trabajos sean conocidos de pocos, tampoco se trata de un antiguo cuyo nombre esté medio olvidado. Se trata de un contemporáneo y ¡qué contemporáneo! Un héroe cuyas hazañas han resonado dia á dia en el mundo moderno, un guerrero cuyos peligros han hecho palpitar de ansiedad á las naciones; un hombre cuyas virtudes excelsas han sido motivo de alabanza para los espíritus honrados, fuente de inspiracion para la poesía, ejemplo de santo orgullo para el género humano, eterno modelo para la juventud liberal.

¿Quién ignora lo que ha sido la vida de este hombre, toda expuesta á la luz del dia, como á la luz de la gloria? Sus pensamientos, sus palabras, sus trabajos, sus esperanzas, sus padecimientos, la vida íntima con sus más pequeños detalles, así como la vida pública con sus asombrosas peripecias, todo nos es conocido, todo nos es familiar.

Con eso, con lo que ha hecho, dicho y pensado este hombre se han llenado los periódicos del mundo, se han escrito libros, se han ocupado los anales de la Historia en medio siglo, se han inspirado las Bellas-Artes, se han ensanchado los horizontes del pensamiento y se ha enriquecido la imaginacion moderna. ¡Con razon! Este hombre, este mago ha libertado naciones, ha realizado sueños seculares, ha cambiado el mapa europeo; y todo esto con su fé, con su valor y con su virtud, á diferencia de los grandes capitanes europeos de este siglo.

Su biografía, pues, está en nuestra memoria, entera y minuciosa, desde que siendo niño hundia sentado en las playas de Niza sus ojos pensativos en las azules ondas del Mediterraneo, pensando vagamente en el porvenir de

Italia, hasta la hora triste del 2 de Junio en que inclinó su frente moribunda en su pobre lecho de Caprera.

Pero si reseñar esa vida grandiosa fuera inútil empeño, no lo será ciertamente poner en relieve algunas de las eminentes cualidades que hicieron de Garibaldi un ser superior, un ser privilegiado, un ser único en la Historia contemporánea.

Difícil seria escoger entre las muchas que formaban el tesoro de su espíritu, pero me fijaré solamente en las que eran, como características en él y que lo hacen superior á los caudillos populares y á los capitanes de su época. ¡Fé en la Libertad hasta el fanatismo, valor hasta la temeridad, generosidad hasta la abnegacion y un desinterés capaz de santificar á un hombre en todas las religiones y en todos los partidos!

Tales fueron las prendas morales que como elementos constitutivos formaron ese gran carácter que causa asombro en este tiempo y que parecerá legendario en la posteridad.

Su fé, fué la fé que allana las montañas, porque solo por ella se explica que el caudillo haya podido vencer las tremendas difi-

cultades que se atravesaron siempre en su camino y que habrian desalentado á cualquiera mortal.

Jóven, él mismo lo dice, sin conocer á fondo la historia de su país, ápenas iniciado en los misterios del comercio y en los trabajos de la marinería, comprendió sin embargo, casi por intuicion que debia consagrar sus fuerzas á la libertad de Italia. Diríase que una voz misteriosa que escuchaba, ora en los murmullos de las brisas marinas, ora entre los rugidos de la tempestad, le repetia constantemente las palabras del mágico de la *Jerusalem* creado por el Taso. « *Tú no debes reposar, tu patria es esclava.* » Así, ápenas, hubo álguien que levantara para él una punta del velo que ocultaba la triste situacion de Italia, Garibaldi consagró su vida á la Patria con todo el fervor de esa juventud que comenzaba entónces y que no se ha marchitado sino al soplo de la muerte.

Era el año 33 y él y Mazzini comenzaban juntos á andar esa vía dolorosa de sacrificios y de temeridades que no debia concluir sino con la realizacion de la unidad italiana.

Pero entónces la Patria estaba todavía muy

envuelta por el sudario de hielo que le habian impuesto tantos siglos de tiranía, de miseria y de desaliento. No habia soplado sobre ella bastante el fuego sagrado de las ideas, y las primeras tentativas de la juventud italiana en este siglo se estrellaban ante el cadalso y ante la indiferencia de los pueblos aletargados por la servidumbre.

Mazzini fué conducido moribundo al extranjero y Garibaldi despues de intentar todavía una sublevacion en la marina sarda, y de haber fracasado, siendo por eso condenado á muerte, pudo escapar á fuerza de audacia, partir para el Africa y despues para América.

Habia consagrado su vida á la Libertad, ¿qué importaba el lugar en que tuviese que ofrecerla en holocausto?

En el Brasil habia un imperio, allí dominaba entónces la voluntad de un hombre que era una amenaza para las libertades americanas y que más de una vez las puso en peligro. Allí tambien acababa de levantarse el estandarte de una República de montañeses que pugnaba por emanciparse del dominio del monarca. Aquellos republicanos eran pocos, muy bravos pero muy pobres, abandonados del mundo,

luchando con fuerzas desiguales pero con fé. No necesitaba saber más el jóven italiano, el liberal cosmopolita y en el acto se colocó bajo las banderas de la libertad americana.

Lo que hizo allí Garibaldi al lado de Bento Gonzalez y luchando contra las huestes de Don Pedro I es magnífico, es indecible. Este hombre no comenzó su asombrosa carrera militar, como el comun de los generales célebres, perdido entre las filas, prestando servicios oscuros, no : apareció desde luego, como un héroe, como un ser extraordinario, como algo sobrehumano, como si fuera una aparicion evocada por la fantasía y la esperanza de los republicanos brasileros.

En efecto, al ver aparecer á aquel gallardo jóven como si hubiese descendido del oscuro seno de las tormentas ó como si hubiese surgido del antro azul del Oceano entre las rompientes de Rio Janeiro, montado sobre una barca frágil pero atrevida como una carabela antigua, al verlo luego apoyado en su sable y con el ojo fijo en el horizonte lanzarse en las soledades del Atlántico ó remontar los rios anchurosos como mares de aquella parte de la América; al verlo despues atravesando la pam-

pa desierta sobre un caballo salvaje, envuelto en su blanco poncho, para internarse en los grandes bosques vírgenes que conducen á Paratinin, la capital de Rio-Grande, al mirar repito á este jóven europeo de ojos azules y profundos como el cielo y como el mar, de cútis blanco, de barba roja y de cabellos de oro, cubierto con los arreos de guerra, en medio de aquellas florestas silenciosas y oscuras debieron creer que era la aparicion de uno de aquellos guerreros españoles ó portugueses del siglo XVI, de uno de aquellos hijos del sol, que guiados por la fé religiosa se lanzaban á un mundo desconocido con la confianza en Dios y en su fortuna.

Y era ciertamente un caballero de la fé, pero de la fé republicana que pronto iba á sobrepasar por sus hazañas y por sus virtudes á aquellos aventureros que habian sido el asombro y la ruina de los imperios americanos.

Era ciertamente la fé la fuerza que impulsaba á Garibaldi y lo lanzaba á empresas gigantescas en comarcas desconocidas, como fué la fé la que engrandeci6 á los audaces aventureros de la conquista y los convirti6 en Amé-

rica en gigantes y vencedores de imperios. Sólo la fé, una fé cualquiera realiza estos prodigios.

El ateismo político no produce mas que desaliento, cobardía ó abyeccion en el espíritu humano.

Garibaldi con esa fuerza que llevaba en su carácter, improvisó escuadras, organizó ejércitos, convirti6 en héroes á los esclavos, en fortalezas las cabañas, hizo frente á los elementos desencadenados de aquella terrible naturaleza virgen y dejó recuerdos inmortales en aquellos bosques, en aquellos rios y en aquellas praderas inmensas, que se evocan hoy como los cantos de un poema maravilloso.

La desgracia, el aislamiento, la traicion, la fuerzas colosales de un imperio poderoso y rico no dieron la fortuna á quienes la merecian, y Garibaldi fué á ofrecer su espada á la República Oriental del Uruguay.

Allí tambien tenia que combatir contra la tiranía, no de un rey, sino de un dictador odioso, de uno de esos monstruos que han producido las revoluciones de nuestra América, y que serían la vergüenza y baldon de

las repúblicas americanas sino se supiese que tales hombres y tan funestas épocas son excepciones en la historia de los pueblos libres. Quiero hablar de Don Juan Manuel Rosas, el Neron del Plata, el bárbaro sin génio y sin valor, que holló con su inmunda planta el cuello de la nacion argentina por más de veinte años, el verdugo que rellenó las zanjas de Santos Lugares con cadáveres de enemigos políticos y que alfombró los pampas con osamentas de republicanos, que hizo adorar su imagen en Buenos Aires y execrar su nombre por todo el mundo, que hizo del puñal un cetro y de la dignidad humana un crimen y de la bajeza una virtud. Rosas por su crueldad extravagante, por su perversidad nativa, por su soberbia de idiota apénas tiene semejante en Neron, el demente sanguinario del Palatino, y en Ivan el Terrible, el tártaro salvaje, el lobo coronado de las estepas rusas.

Pero en lo infamante de su reinado y en la iniquidad de sus instintos, Rosas los aventajó. Todavía se estremecen de horror las Repúblicas del Sur al escuchar ese nombre maldito. Pues bien: contra semejante tiranía, y en defensa de la República del Uruguay com-

batida por las hordas de Rosas, Garibaldi desenvainó la espada y por muchos años, al frente de su legion italiana, el fué la columna de la libertad oriental, el Hector invicto de aquella Troya americana.

Pero habia llegado el año de 1847 y con él las corrientes del espíritu republicano volvian á agitar á los pueblos de Europa. Un nuevo Papa habia sido nombrado para suceder al reaccionario Gregorio XVI. La Italia acarició nuevas esperanzas y vió en el pontífice al hombre de la unidad italiana, al colaborador de Carlos Alberto, al sacerdote patriota de las ilusiones güelfas.

Garibaldi entónces escribió al Papa animándolo á defender la libertad, y regresó á su patria acompañado de su fiel amigo Auzani, de la incomparable Anita, esa heroína que habia compartido sus peligros en América y de un centenar de aquellos héroes de Montevideo que habian unido su vida á la vida del ilustre caudillo.

Garibaldi llegó á Italia. Hasta allí habia sido un soñador de la libertad italiana, un soldado que combatía incondicionalmente en favor de sus ideas, un creyente ciego.